La Navidad Cuando Dejamos de Ser Niños

Por

Charles Dickens



LA NAVIDAD CUANDO DEJAMOS DE SER NIÑOS

Hubo un tiempo en el que, para la mayoría de nosotros, el día de Navidad envolvía nuestro limitado mundo como un anillo mágico y colmaba nuestros deseos y aspiraciones; aunaba diversiones hogareñas, afectos y sueños; reunía todo y a todos al amor de la lumbre; y dotaba de plenitud la pequeña imagen que resplandecía en nuestros brillantes ojos infantiles.

Llegó otro tiempo, tal vez demasiado pronto, en el que nuestros pensamientos rebasaron ese estrecho límite; en el que nos faltaba una persona (muy querida, creíamos entonces, muy hermosa y totalmente perfecta) para que nuestra felicidad fuera completa; en el que también se nos echaba de menos (o eso pensábamos, que viene a ser lo mismo) en el fuego navideño junto al que esa misma persona se calentaba; y en el que entrelazábamos con todas las coronas y guirnaldas de nuestra vida el nombre de ella.

Fue el tiempo de las navidades radiantes e ilusorias que hace tanto nos abandonaron ¡para aparecer débilmente, tras la lluvia del verano, en los bordes más pálidos del arco iris! Fue el tiempo del disfrute beatífico de las cosas que iban a ser, y que nunca fueron; pero ¡eran tan reales en nuestra imaginación que sería difícil decir qué realidades ocurridas desde entonces han sido más incontestables!

¿Cómo? ¿Que nunca llegó de veras esa Navidad en la que, después del más feliz de los enlaces totalmente imposibles, nosotros y la perla de valor inestimable que era nuestra joven elegida éramos recibidos por nuestras dos familias reunidas, que, gracias a nosotros, habían enterrado su enemistad? ¿En la que los cuñados siempre distantes antes de que se formalizara nuestra relación nos mostraban un gran cariño, y en la que nuestros padres nos abrumaban con unas rentas ilimitadas? ¿Que no llegó a celebrarse aquella comida navideña en cuya sobremesa nos poníamos en pie para, generosa y elocuentemente, ensalzar a un antiguo rival, presente entre los invitados, intercambiando con él palabras de amistad y perdón, y estableciendo un vínculo —no superado en las historias de griegos o romanos— que duraría hasta la muerte? ¿Que a ese mismo rival hace mucho que dejó de importarle la perla de valor inestimable, y acabó casándose por dinero y dedicándose a la usura? O, lo que es peor, ¿sabemos ahora que probablemente habríamos sido unos desgraciados de haber ganado y lucido la perla, y que estamos mejor sin ella?

Esa Navidad en que acabábamos de conseguir la fama; en que nos daban un paseo triunfal por haber hecho algo grande y bueno; en que nuestro apellido se veía honrado y ennoblecido, y en casa nos recibían llorando de

alegría; ¿es posible que esa Navidad aún no haya llegado?

¿Y está nuestra vida tan asentada, en el mejor de los casos, que, al detenemos en un mojón tan importante del camino como este maravilloso natalicio, recordamos las cosas que nunca fueron con la misma naturalidad y plenitud, con la misma gravedad que las cosas que han sucedido y desaparecieron, o que han sucedido y todavía perduran? De ser así, como parece, ¿debemos llegar a la conclusión de que la vida es poco más que un sueño, de cuán poco importantes son nuestros amores y nuestras luchas?

¡No! ¡El día de Navidad alejemos de nosotros esa mal llamada filosofía, querido lector! ¡Que esté más cerca de nuestro corazón el espíritu navideño, que es el espíritu de la utilidad en el servicio, de la perseverancia, del animoso cumplimiento de nuestro deber, de la amabilidad y de la tolerancia! Son sobre todo las últimas virtudes las que se ven, o deberían verse, fortalecidas por los sueños incumplidos de nuestra juventud; pues ¿quién dice que no nos enseñan a tratar con delicadeza hasta las intangibles nadas de la tierra?

Por ese motivo, a medida que envejecemos, ¡agradezcamos que el círculo de nuestros recuerdos navideños y las lecciones que éstos imparten se expanda! Demos la bienvenida a todos, e invitémoslos a sentarse junto al fuego navideño.

¡Bienvenidas antiguas aspiraciones, brillantes criaturas de una imaginación ardiente, a vuestro refugio debajo del acebo! Os conocemos, y todavía no os hemos enterrado. Bienvenidos, viejos proyectos y viejos amores, por fugaces que fuerais, a vuestros rincones entre las luces menos trémulas que nos iluminan. Bienvenido cuanto llegó a ser auténtico para nuestros corazones; y, por la intensidad que os hizo reales, ¡gracias al Cielo! ¿Acaso no construimos ahora castillos de Navidad en el aire? ¡Que nuestros pensamientos, revoloteando como mariposas entre estas flores infantiles, lo testifiquen! Ante ese niño se extiende un futuro más brillante del que jamás imaginamos en nuestros viejos y románticos días, y lo que resplandece en él es el honor y la verdad. Alrededor de esa cabecita llena de alegres rizos, las gracias juegan tan gráciles y hermosas como cuando no existía al alcance del Tiempo ninguna hoz que segara los rizos de nuestro primer amor. En el rostro de la niña que está al lado —más sereno, pero iluminado por una sonrisa—, un pequeño rostro apacible y satisfecho, vemos la imagen más pura del hogar. Los destellos de esa palabra, como rayos de una estrella, nos muestran cómo, cuando nuestras tumbas sean ya viejas, otras esperanzas serán jóvenes, otros corazones se conmoverán; cómo otros caminos se allanarán; otras alegrías florecerán, madurarán y perecerán… No, no perecerán, pues otros hogares y otras bandadas de niños, que aún no existen ni existirán por mucho tiempo, seguirán naciendo, floreciendo y madurando hasta el fin de los días.

¡Bienvenido todo! Bienvenido lo que ha sido, lo que jamás fue, y lo que esperamos que sea, a su refugio debajo del acebo, a su rincón al amor de la lumbre navideña, donde lo que es aguarda con los brazos abiertos. Entre aquellas sombras, ¿no vemos aparecer furtivo sobre las llamas el rostro de un enemigo? ¡Perdonémosle el día de Navidad! Si el daño que nos ha hecho admite ese gesto de fraternidad, que venga y tome asiento a nuestro lado. Si, por desgracia, no es así, dejémosle marchar, con la seguridad de que jamás le acusaremos ni le haremos daño.

¡Este día no alejemos nada de nosotros!

—Espera… —susurra una voz—. ¿Nada? ¡Recapacita!

—El día de Navidad no alejemos nada del calor de nuestra lumbre. Nada.

—¿Ni la sombra de una inmensa ciudad cubierta de hojas marchitas? —pregunta la voz—. ¿Ni la sombra que oscurece la Tierra entera? ¿Ni la sombra de la Ciudad de los Muertos?

—Ni siquiera eso. Precisamente ese día volveremos nuestro rostro hacia esa ciudad y, de entre sus silenciosos moradores, traeremos a nuestro lado a las personas que quisimos. ¡Ciudad de los Muertos, en el nombre bendito en torno al que nos reunimos en esta fecha, y ante la divina presencia que nos acompaña según Su palabra, recibiremos, en lugar de ahuyentar, a quienes amamos y ahora son tus habitantes!

Sí. Contemplemos a esos niños ángeles que, con tanta belleza y solemnidad, se posan entre los niños vivos al amor de la lumbre, y sobrepongámonos al recuerdo de cómo se alejaron de nosotros. Al igual que los patriarcas, los niños, risueños, ignoran quiénes son sus invitados; pero nosotros podemos verlos: podemos ver un brazo con aura alrededor de un cuello muy querido, como si a alguien le tentara llevarse al pequeño. Entre las figuras celestiales hay una, un pobre chiquillo contrahecho en vida y de belleza excelsa ahora, cuya madre moribunda lamentó profundamente dejar solo en este mundo los años que pasarían hasta que, siendo tan pequeño, se reuniera con ella. Pero él lo hizo enseguida, y lo pusieron sobre el pecho de su madre; ella lo trae de la mano.

Hubo un joven valeroso que cayó, muy lejos del hogar, sobre una arena ardiente bajo un sol abrasador: «Decid a mi familia —exclamó antes de morir— cuánto me habría gustado besarlos de nuevo, pero que he muerto feliz después de cumplir con mi deber». Y hubo otro joven sobre el que leyeron las palabras: «Por eso entregamos su cuerpo a las profundidades», antes de encomendarlo al solitario océano y continuar la navegación. Y otro que se tumbó a descansar a la oscura sombra de los grandes bosques y jamás volvió a despertar. ¿Cómo no traerlos a casa desde la arena, el mar y los bosques en

una fecha tan señalada?

Hubo una joven adorable —una mujer casi, aunque nunca llegara a serlo— que una Navidad llevó el luto a un hogar alegre, y siguió su camino inexplorado hacia la ciudad del silencio. ¿No la recordábamos exhausta, susurrando lo que no lográbamos oír y entregándose extenuada al sueño eterno? ¡Miradla ahora! ¡Mirad su belleza, su serenidad, su juventud inmutable, su alegría! La hija de Jairo fue resucitada para morir; mas ella recibió una bendición mayor y oyó la misma voz que le decía: «¡Levántate para siempre!».

Teníamos un amigo desde la niñez, con el que a menudo imaginábamos los cambios que experimentarían nuestras vidas, y con el que fantaseábamos alegremente sobre cómo andaríamos, pensaríamos y hablaríamos cuando fuéramos viejos. La morada reservada para él en la Ciudad de los Muertos lo acogió en la flor de la vida. ¿Debemos apartarlo de nuestros recuerdos navideños? ¿Habría dejado de querernos él a nosotros? Amor, hijo, padre y madre desaparecidos, hermana, hermano, mujer, marido, ¡no os daremos de lado! Conservaréis vuestro lugar entrañable en nuestro corazón y al amor de la lumbre navideña; y en la estación de la esperanza eterna, en el natalicio de la misericordia eterna, ¡no excluiremos Nada!

El sol invernal se pone sobre la ciudad y el pueblo; en el mar dibuja un camino rosado, como si los pies sagrados acabaran de posarse en el agua. Al cabo de unos instantes desaparece, y cae la noche, y las luces empiezan a brillar en la lejanía. En la ladera, más allá de la ciudad informe y difusa, y al apacible resguardo de los árboles que rodean la aguja del pueblo, los recuerdos tallados en piedra, entre las flores silvestres, crecen en la hierba entrelazados con las humildes zarzas alrededor de numerosos montículos de tierra. En la ciudad y en el pueblo hay puertas y ventanas para protegerse del frío, generosas pilas de leños encendidos, rostros felices y una saludable música de voces. ¡Que todo lo dañino e inhumano sea expulsado del templo de los lares, pero que estos recuerdos sean tiernamente alentados! Forman parte de estos días y de su consuelo sereno y confortante; de la historia que, incluso en la tierra, vuelve a unir a los vivos y a los muertos; y de la magnanimidad y bondad que demasiados hombres han intentado destruir.

EL CUENTO DEL PARIENTE POBRE

Se resistió mucho a tener prioridad sobre tantos miembros respetables de la familia y ser él quien empezara la ronda de historias que se disponían a contar sentados en un amplio círculo al amor de la lumbre navideña; y sugirió con

modestia que fuera «John, nuestro querido anfitrión» (por cuya salud pidió que brindaran) quien tuviera la gentileza de comenzar. Él estaba tan poco acostumbrado a ser el primero, dijo, que realmente… Pero, como todos le gritaron que empezara de una vez, exclamando al unísono que podía, debía y tenía que hacerlo, dejó de frotarse las manos, sacó las piernas de debajo del sillón e inició su relato.

—Estoy seguro —dijo el pariente pobre— de que sorprenderé a todos los presentes, y sobre todo a John, nuestro querido anfitrión, a quien tanto debemos por su hospitalidad de hoy, con la confesión que voy a hacer. Pero, si me concedéis el honor de asombraros por lo que pueda contar una persona, en la familia, tan insignificante, os prometo que seré escrupulosamente fiel a la verdad.

»No soy lo que aparento. Soy muy diferente. Pero quizá sea mejor que, antes de continuar, eche una ojeada a lo que se supone que soy.

»La gente cree, si no me equivoco (y de ser así, lo que es muy probable, espero que los miembros aquí presentes de la familia me corrijan) —el pariente pobre miró afablemente a su alrededor por si alguien le contradecía—, que no tengo otro enemigo que yo mismo. Que nunca tuve el menor éxito en nada. Que fracasé en los negocios porque fui crédulo y poco profesional al no prever los planes interesados de mi socio. Que fracasé en el amor porque fui ridículamente confiado al creer imposible que Christiana me traicionara. Que no se cumplieron mis expectativas con el tío Chill porque no fui lo bastante sagaz para él en los asuntos mundanos. Que a lo largo de la vida he sufrido, por lo general, desaires y decepciones. Que hoy soy un soltero de casi sesenta años que vive de una pequeña renta en forma de asignación trimestral a la que, por lo que veo, John, nuestro querido anfitrión, no desea que continúe refiriéndome.

»Mis ocupaciones y hábitos en la actualidad son, en teoría, los siguientes:

»Vivo en un alojamiento de Clapham Road —en una habitación trasera muy limpia, en una casa muy respetable—, donde no está previsto que pase el día, a menos que me sienta mal, y que normalmente abandono a las nueve de la mañana con el pretexto de dirigirme a la oficina. Desayuno (un panecillo con mantequilla y media pinta de café) en un antiguo café cerca del puente de Westminster; y luego entro en la City (no sé por qué) y me siento en el café Garraway, y en la Lonja, y callejeo un rato, y visito las escasas oficinas y contadurías donde algún pariente o conocido tiene la amabilidad de tolerar mi presencia, y donde me arrimo, sin sentarme, al fuego si hace frío. Es así como paso el día hasta que llegan las cinco, hora en que ceno por un promedio de un chelín y tres peniques. Como me sobra un poco de dinero para mi entretenimiento vespertino, entro en algún viejo café de camino a casa, y tomo

una taza de té, y quizá un poco de pan tostado. De tal modo que, cuando la manecilla gruesa vuelve a ponerse en la misma hora de la mañana, regreso a Clapham Road y me voy directamente a la cama, ya que encender la chimenea es caro, y la familia que me aloja no quiere hacerlo porque da trabajo y ensucia mucho.

»A veces, alguno de mis parientes o conocidos tiene el detalle de invitarme a comer. Para mí son días festivos, y normalmente doy un paseo por el parque. Soy un hombre solitario, y rara vez lo hago acompañado. No es que la gente me evite porque vaya mal vestido; soy un hombre atildado, y siempre tengo un buen traje negro (o preferiblemente gris oscuro, que parece negro y se estropea menos); pero me he acostumbrado a hablar muy bajo, y más bien poco, y ni soy divertido ni me considero una compañía interesante.

»La única excepción a esta regla es el hijo de mi primo hermano, el pequeño Frank. Siento especial cariño por ese niño, y él me quiere mucho. Es una criatura tímida por naturaleza; de esas que la multitud enseguida arrolla y olvida. Pero los dos nos llevamos extraordinariamente bien. Supongo que el pobre niño acabará ocupando el mismo extraño lugar que yo en la familia. Apenas hablamos; y, sin embargo, estamos muy compenetrados. Paseamos juntos, de la mano; y, sin decir casi nada, él me entiende y yo lo entiendo a él. Cuando era muy pequeño, solía llevarlo a los escaparates de las jugueterías y le enseñaba lo que había en la tienda. Es asombroso lo pronto que comprendió que yo le habría cubierto de regalos si lo hubiera permitido mi situación.

»El pequeño Frank y yo vamos a contemplar el Monumento por fuera (a él le encanta el Monumento) y los puentes, y todas las vistas que no cuestan dinero. En dos de mis cumpleaños hemos cenado ternera e la mode, hemos ido al teatro a mitad de precio, y lo hemos pasado muy bien. Un día en que íbamos caminando por Lombard Street, un lugar que visitamos a menudo porque yo le conté que allí vivía gente muy rica (a Frank le encanta Lombard Street), un caballero dijo al cruzarse conmigo: “A su hijito se le ha caído un guante”. Os aseguro, y disculpad que comente un hecho tan trivial, que esa mención fortuita de que fuera hijo mío me conmovió hasta tal punto que unas lágrimas ridículas asomaron a mis ojos.

»Cuando manden a Frank a un internado en el campo, lo echaré mucho de menos, pero tengo la intención de ir andando a verlo una vez al mes, cuando él tenga medio día libre. Me han dicho que estará jugando en el Heath; y, si mis visitas no se consideran oportunas para el niño, lo veré de lejos sin que se entere, y volveré andando a casa. Su madre es de muy buena familia, y soy consciente de que no le gusta que pasemos demasiado tiempo juntos. Sé que no soy la mejor compañía para su carácter retraído; pero creo que me echaría realmente de menos si nos impidieran vemos.

»Cuando muera en Clapham Road, no dejaré mucho más en este mundo de lo que me llevaré de él; pero tengo la miniatura de un niño de rostro vivaracho y pelo ensortijado, con una camisa con chorreras bajando desde el cuello (mi madre encargó ese retrato, pero no puedo creer que jamás se pareciera a mí), que no tendría el menor valor si se vendiera, y que pediré que sea entregada a Frank. He escrito, asimismo, una carta muy breve a mi querido pequeño, diciéndole cuánto lamento separarme de él, aunque me haya visto obligado a confesarle que no se me ocurre ningún motivo para seguir aquí. Le doy algún pequeño consejo, en la medida de mis posibilidades, para advertirle del peligro de no tener otro enemigo que uno mismo; y trato de consolarle por lo que le parecerá, me temo, una gran pérdida, señalándole que, salvo para él, no he pintado nada para nadie más de la familia; y que, al no haber conseguido hacerme un lugar entre esta concurrida asamblea, estaré mejor fuera de ella.

»Ésa es —dijo el pariente pobre, carraspeando y elevando un poco la voz— la imagen que todo el mundo tiene de mí. Pues bien, se da la circunstancia extraordinaria, y que constituye el objetivo de mi historia, de que nada de eso es verdad. Ni ésa es mi vida, ni ésos son mis hábitos. Ni siquiera me alojo en Clapham Road. En términos relativos, rara vez estoy allí. Vivo por lo general (y casi me avergüenza pronunciar la palabra, suena tan pretenciosa) en un castillo. No digo que sea una antigua residencia de la nobleza, pero sigue siendo un edificio que todo el mundo llama castillo. En él conservo los detalles de mi historia, que enumeraré a continuación:

»Cuando convertí a John Spatter (que había sido mi empleado) en mi socio, siendo yo un joven de veinticinco años que vivía en casa del tío Chill, quien me había hecho abrigar grandes esperanzas, me atreví a pedirle a Christiana que se casara conmigo. Llevaba mucho tiempo enamorado de ella. Era muy hermosa, y encantadora en todos los sentidos. Yo desconfiaba un poco de su madre viuda, pues temía que fuera intrigante y mercenaria; pero, por Christiana, tenía de ella el mejor concepto posible. Jamás había amado a nadie que no fuera Christiana, y ella había sido todo… bueno, mucho más que todo para mí desde que éramos niños.

»Christiana aceptó ser mi mujer con el consentimiento de su madre, y me hizo el hombre más feliz del mundo. Mi vida en casa del tío Chill era austera y aburrida, y mi dormitorio de la buhardilla tan inhóspito, oscuro y frío como una celda en lo alto de una severa fortaleza norteña. Pero, teniendo el amor de Christiana, no deseaba nada más en la tierra. No habría cambiado mi destino por el de ningún otro ser humano.

»La avaricia era, por desgracia, el principal defecto de mi tío Chill. A pesar de su riqueza, era cicatero, mezquino y tacaño, y vivía míseramente. Como Christiana no tenía dinero, no me atreví a contarle enseguida que nos habíamos comprometido; pero, finalmente, le escribí una carta para

comunicarle la noticia. Se la di una noche, antes de acostarme.

»La mañana siguiente, bajé por la escalera tiritando en medio del gélido diciembre (más frío en la casa sin calentar de mi tío que en la calle, donde el sol invernal brillaba a veces, y que, en cualquier caso, se veía animada por los rostros joviales y las voces que la transitaban), y me dirigí apesadumbrado a la sala alargada y de escasa altura donde desayunaba con mi tío. Era una estancia grande con un fuego muy pequeño, y tenía un ventanal enorme en el que la lluvia había dejado su huella durante la noche, al igual que lágrimas de los que vagan sin hogar. Daba a un patio desnudo, con el empedrado en muy mal estado y algunas rejas de hierro oxidado medio arrancadas, desde donde una fea edificación anexa, antaño una sala de disección (en tiempos del famoso cirujano que había hipotecado la casa con mi tío) parecía mirarla.

»Nos levantábamos siempre tan temprano que, en esa época del año, desayunábamos a la luz de una vela. Cuando entré en la sala, mi tío estaba tan encogido en la silla por el frío, tras la escasa luz de la única vela, que no advertí su presencia hasta que me acerqué a la mesa.

»Cuando le tendí la mano, cogió su bastón (como estaba débil y achacoso, siempre llevaba uno para andar por casa) y me golpeó con él profiriendo un insulto.

»—Tío —le contesté—, no esperaba que se enfadara usted de ese modo.

»Y lo cierto es que no lo había esperado, aunque fuera un anciano severo e irascible.

»—¿Que no lo esperabas? —dijo—. ¿Cuándo se te ocurrió esperar algo? ¿Cuándo se te ocurrió contar con algo, o desear algo, perro despreciable?

»—¡Sus palabras son duras, tío!

»—¿Duras? No son más que plumas para lanzarle a un idiota como tú —exclamó—. ¡Míralo, Betsy Snap!

»Betsy Snap era una vieja de rostro amarillento, feo y demacrado —nuestra única criada— que, a aquellas horas de la mañana, estaba siempre frotando las piernas de mi tío. Cuando éste le ordenó que me mirara, puso su huesuda garra en la coronilla de ella, arrodillada a su lado, y le obligó a volver la cara hacia mí. Un pensamiento involuntario relacionando a ambos con la Sala de Disección, como seguramente a menudo los habría relacionado en tiempos del cirujano, me asaltó en medio de la inquietud.

»—¡Mira cómo lloriquea este gallina! —dijo mi tío—. ¡Mira qué niñito de pecho! He aquí al caballero que, según dicen, no tiene otro enemigo que a sí mismo. He aquí al caballero incapaz de decir que no. He aquí al caballero que ganaba tanto con su negocio que no ha tenido más remedio que asociarse con

otro hace unos días. He aquí al caballero que contraerá matrimonio con una mujer sin un penique, y ¡que ha caído en manos de unas Jezabeles que especulan con mi muerte!

»Comprendí entonces lo furioso que estaba; pues tenía que estar casi fuera de sí para pronunciar una palabra que le inspiraba tanta repugnancia que, por ningún concepto, podía siquiera insinuarse en su presencia.

»—Con mi muerte —repitió, como si estuviera desafiándome al desafiar su propio terror a esa palabra—. Con mi muerte… muerte… ¡Muerte! Pero yo terminaré con tanta especulación. Que sea la última vez que comes en esta casa, sinvergüenza, y ¡ojalá te atragantes!

»Como podéis imaginar, no tenía demasiadas ganas de desayunar con tales condiciones; pero me senté en mi sitio habitual. Sabía que el tío Chill me estaba repudiando para siempre; pero, con el amor de Christiana, podría sobrellevarlo bien.

»Él vació un tazón de pan con leche como todos los días, aunque esta vez se lo puso en las rodillas y la silla de espaldas a la mesa donde yo me sentaba. Cuando hubo acabado, apagó cuidadosamente la vela; y un día gélido, grisáceo y triste cayó sobre nosotros.

»—Y ahora, señor Michael —dijo—, antes de separarnos, me gustaría hablar con esas damas en tu presencia.

»—Como usted quiera, señor —contesté—; pero se engaña a sí mismo, y nos juzga equivocada, cruelmente, si piensa que entre nosotros hay algún otro sentimiento que no sea el amor más puro, desinteresado y sincero.

»—¡Mentiroso! —se limitó a responder.

»Nos dirigimos entre la nieve medio derretida y la lluvia medio congelada a la casa donde vivían Christiana y su madre. Mi tío las conocía muy bien. Estaban desayunando, y les sorprendió vernos tan temprano.

»—A sus pies, señora —dijo mi tío a la madre—. Supongo que adivina usted el propósito de mi visita. Tengo entendido que lo que se cuece aquí es el amor más puro, desinteresado y sincero. Me alegra traerles cuanto necesita para ser perfecto. Aquí tienen a su yerno, señora, y a su marido, señorita. A este caballero yo no lo conozco de nada, pero le deseo lo mejor en su bonito negocio.

»Me gruñó al salir, y jamás volví a verlo.

»También es un error suponer —prosiguió el pariente pobre— que mi querida Christiana se dejara convencer e influenciar por su madre y se casara con un hombre adinerado, cuyo carruaje me llena de barro siempre que, en estos nuevos tiempos, ella pasa a mi lado. No, no. Se casó conmigo.

»El modo en que llegamos a casarnos antes de lo previsto fue como sigue. Yo alquilé una habitación muy barata, y estaba ahorrando y planificando lo mejor para ella cuando un día me dijo con la mayor seriedad:

»—Mi querido Michael, te he dado mi corazón. He dicho que te amaba y me he comprometido a ser tu mujer. Soy tan tuya en lo bueno y en lo malo como si nos hubiéramos casado el día en que acepté tu mano. Te conozco y sé que, si tuviéramos que separamos y nuestro vínculo se rompiera, tu vida entera se ensombrecería, y toda la fortaleza que necesitas, incluso ahora, para enfrentarte al mundo se convertiría en la sombra de lo que es.

»—¡Que Dios me ayude, Christiana! —exclamé—. Tienes razón.

»—¡Michael! —dijo ella, dándome la mano con virginal devoción—. No sigamos separados por más tiempo. Nadie sabe mejor que yo lo feliz que viviré con los medios de que dispones, y sé de sobra que son suficiente para ti. Te lo digo con el corazón. No sigas luchando solo; luchemos juntos. Michael, querido, no es justo que te oculte algo que ni siquiera sospechas y que a mí, sin embargo, me aflige indeciblemente. Mi madre, olvidando que, cuanto has perdido lo has perdido por mí, y con la certeza de que te seré fiel, quiere que tenga un marido rico e insiste, pobre de mí, en que me case con otro. No puedo ni pensarlo, pues, si lo hiciera, te traicionaría. Prefiero compartir tu lucha que contemplarla sin hacer nada. No necesito un hogar mejor del que tú puedas ofrecerme. Sé que tus esfuerzos y aspiraciones serán mayores si soy tu mujer, así que ¡casémonos cuando quieras!

»Aquel día fui realmente bendecido, y un nuevo mundo se abrió ante mí. Nos casamos enseguida, y lleve a mi esposa a nuestro feliz hogar. Éstos fueron los cimientos de la residencia que he mencionado antes; el castillo donde hemos vivido juntos desde entonces. Todos nuestros hijos nacieron en él. El primero fue una niña —hoy en día casada—, a la que llamamos Christiana. Su hijo se parece tanto al pequeño Frank que apenas los distingo.

»La idea más extendida sobre la manera en que me trató mi socio también es completamente errónea. No empezó a tratarme con frialdad, como si fuera un pobre inútil, cuando mi tío y yo nos enemistamos para siempre; tampoco fue apoderándose poco a poco de nuestro negocio hasta echarme de él. Por el contrario, fue sumamente leal y honrado conmigo.

»Las cosas, entre nosotros, tomaron este rumbo: el día en que me alejé de mi tío, e incluso antes de que llegaran mis baúles a nuestra contaduría (los envió en un carruaje que se negó a pagar), bajé al despacho que teníamos en nuestro pequeño muelle, con vistas al río, y le conté a John Spatter lo sucedido. John no me respondió diciendo que los parientes viejos y ricos eran una realidad palpable y el amor y los sentimientos, una tonta fantasía. Me dijo lo siguiente:

»—Michael, fuimos al colegio juntos, y yo siempre me las arreglé mejor que tú y gocé de más prestigio.

»—Así es, John —contesté.

»—Aunque perdía los libros que me prestabas; no te devolvía el dinero que me dejabas; te vendía mis navajas deterioradas por más dinero del que me habían costado nuevas; y eras tú quien pagaba el pato por las ventanas que yo había roto.

»—No vale la pena que hablemos de eso, John Spatter —dije—, pero es cierto, sí.

»—Cuando abriste este negocio, que promete ser de lo más próspero —prosiguió John—, vine a pedirte trabajo, el que fuera, y me hiciste tu secretario.

»—Tampoco vale la pena que lo recuerdes, mi querido John Spatter —dije—; pero también es cierto, sí.

»—Y, al darte cuenta de que yo tenía buena cabeza para los negocios, y de que era realmente útil para la empresa, no quisiste retenerme en ese puesto y te pareció un acto de justicia que fuera enseguida tu socio.

»—Todavía menos digno de mención que esos otros pequeños detalles que acabas de señalar, John Spatter —dije—; pues fui consciente, y lo sigo siendo, de tu valía y mis limitaciones.

»—Sin embargo, querido amigo —dijo John, obligándome a darle el brazo como hacía en el colegio; mientras, al otro lado de las ventanas de nuestro despacho (con la misma forma que las ventanas de una popa), dos barcos se deslizaban lentamente por el río empujados por la marea, al igual que John y yo navegábamos juntos, seguros y confiados, por la vida—, ahora que reina la concordia entre nosotros, tenemos que ser sinceros. Eres demasiado blando, Michael. No tienes otro enemigo que tú mismo. Si yo, consciente de este rasgo perjudicial para nuestra sociedad, me limitara a encogerme de hombros, mover la cabeza y suspirar; e incluso si llegara a abusar de la confianza que has depositado en mí…

»—Pero nunca lo harás, John —exclamé.

»—¡Nunca! —repitió él—; solo es una suposición… Pero si llegara a abusar de esa confianza ocultándote ciertos detalles de nuestro negocio, revelándote otros o dejando que solo los vislumbraras, mi poder se vería fortalecido y tu debilidad sería cada vez mayor; y un día acabaría encontrándome en el camino que lleva a la riqueza después de haberte dejado atrás, en algún baldío lejos de la ruta principal.

»—Así es —dije yo.

»—Para evitar esto, Michael —dijo John Squatter—, o la más remota posibilidad de esto, debemos tenernos la mayor confianza. No nos ocultaremos nada, y tendremos un único interés.

»—Mi querido John Spatter —le aseguré—, eso es precisamente lo que quiero.

»—Y, cuando seas demasiado blando —prosiguió John, con el rostro rebosante de amistad—, con tu permiso, impediré que los demás se aprovechen de ese defecto de tu carácter; no esperes que te siga la corriente…

»—Mi querido John Spatter —le interrumpí—, no espero que me sigas la corriente. Es algo que deseo corregir.

»—Yo también —exclamó John.

»—¡Exactamente! —dije—. Los dos tenemos el mismo objetivo; y persiguiéndolo con honradez, confiando por completo el uno en el otro, y compartiendo un único interés, nuestra sociedad será próspera y feliz.

»—¡Estoy seguro! —contestó John Spatter antes de estrecharnos la mano con el mayor afecto.

»Llevé a John a mi castillo y pasamos un día muy dichoso. Nuestra sociedad prosperó. Mi socio y amigo subsanaba mis limitaciones, como yo había previsto, y, mejorándonos tanto al negocio como a mí, reconocía con creces cualquier pequeño ascenso en la vida que hubiera obtenido con mi ayuda.

»—No soy —dijo el pariente pobre, mirando el fuego mientras se frotaba lentamente las manos— muy rico, ya que nunca le di importancia a serlo; pero tengo lo suficiente para cubrir mis modestas necesidades y estoy muy lejos de pasar penurias. Mi castillo no es un lugar lujoso, pero sí muy acogedor; su atmósfera es cálida y alegre, y es la viva imagen del Hogar.

»Nuestra hija mayor, que es el vivo retrato de su madre, está casada con el primogénito de John Spatter. Nuestras dos familias están muy unidas por otros lazos. Nos encanta pasar la velada juntos —algo que hacemos con frecuencia —, y John y yo hablamos de los viejos tiempos y del único interés que hemos compartido siempre.

»Lo cierto es que en mi castillo no sé lo que es la soledad. Siempre hay algún hijo o nieto, y las voces jóvenes de mis descendientes me resultan deliciosas… ¡tan deliciosas!… de oír. Mi queridísima y abnegada esposa, siempre leal, siempre cariñosa, siempre amable y servicial, prodiga en apoyo y consuelo, es la mayor bendición de mi hogar; de ella salen las demás bendiciones. Somos una familia bastante musical y, cada vez que Christiana me ve un poco cansado o afligido, a la hora que sea, se acerca silenciosamente

al piano y canta una dulce melodía que solía cantar cuando nos prometimos. Soy tan sensible que no puedo escucharla interpretada por otra persona. La tocaron una vez en el teatro, cuando fui con el pequeño Frank; y el niño me preguntó extrañado: “Primo Michael, ¿de quién son estas lágrimas tan calientes que me han caído en la mano?”.

»Ése es mi castillo, y ésas son las circunstancias reales de mi vida allí. A veces llevo al pequeño Frank conmigo. Mis nietos lo reciben con alegría, y juegan juntos. En esta época del año, Navidad y Año Nuevo, rara vez salgo de mi Castillo. Pues los recuerdos de estos días parecen retenerme allí, y sus preceptos parecen enseñarme que es bueno estar en él.

—Y el castillo está… —empezó a decir la voz grave y armoniosa de uno de los presentes.

—Sí. Mi castillo —continuó el pariente pobre, moviendo la cabeza sin dejar de contemplar el fuego— está en el aire. John, nuestro querido anfitrión, ha adivinado muy bien su emplazamiento. ¡Mi castillo está en el aire! He llegado al final. ¿Tendría la amabilidad de contar su historia el siguiente?

EL CUENTO DEL NIÑO

Érase una vez, hace muchísimo tiempo, un hombre que emprendió un viaje. Era un viaje mágico y, aunque diera la sensación de ser muy largo cuando lo inició, le pareció muy corto a mitad de camino.

Recorrió un sendero bastante oscuro por un breve lapso de tiempo, sin ver a nadie hasta que encontró a un hermoso niño. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y el niño dijo:

—Yo siempre juego. ¡Ven a jugar conmigo!

Así que pasó el día jugando con ese niño, y los dos se divirtieron mucho. El cielo era tan azul, el sol tan dorado, el agua tan brillante, las hojas tan verdes, las flores tan bellas, y oían tales gorjeos y veían tantas mariposas que todo era hermoso. Eso cuando hacía buen tiempo. Cuando llovía, les gustaba contemplar las gotas que caían y oler los aromas nuevos. Cuando soplaba el viento, les encantaba escucharlo, e imaginar qué decía mientras corría lejos de su hogar (¿dónde se encontraría éste?, se preguntaban) silbando y ululando, empujando las nubes, inclinando los árboles, retumbando en las chimeneas, haciendo que las casas temblaran y el mar rugiera de furia. Pero lo mejor de todo era cuando nevaba; pues nada les complacía más que mirar cómo caían

los copos, gruesos y veloces, como si acabaran de desprenderse del pecho de millones de pájaros blancos; y ver lo suave y profundo que era el manto que formaban; y escuchar el silencio de senderos y caminos.

Estaban llenos de juguetes, los más maravillosos del mundo, y de libros ilustrados que le dejaban a uno boquiabierto: había en ellos cimitarras, babuchas y turbantes, enanos, gigantes, hadas y genios, y barbas azules, y tallos de habichuelas y tesoros, grutas y bosques y Valentines y Orsons: y todos eran nuevos y auténticos.

Pero un día, de pronto, el viajero perdió al niño. Lo llamó una y otra vez, pero no obtuvo respuesta. Siguió su camino y pasó algún tiempo sin ver a nadie hasta que se encontró con un hermoso muchacho. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y el muchacho dijo:

—Yo siempre aprendo. ¡Ven y aprende conmigo!

Así que aprendió con ese muchacho cosas sobre Júpiter y Juno, los griegos y los romanos, y no sé cuántas cosas, más de las que yo —o incluso él, que no tardó en olvidar gran parte de ellas— podría contar. Pero no estudiaban siempre; practicaban los juegos más divertidos del mundo. Remaban por el río en verano, y patinaban por el hielo en invierno; caminaban, montaban a caballo; jugaban al cricket, y a toda clase de juegos de pelota; a policías y ladrones, a liebres y sabuesos, a seguir al rey; y hacían más deportes de los que uno pueda imaginar; y eran invencibles. También tenían vacaciones, y roscón de Reyes, y fiestas en las que bailaban hasta medianoche, y teatros genuinos donde veían palacios de oro y de plata que salían de la tierra, y todas las maravillas del mundo juntas. Y amigos, tenían tantos y tan queridos que me falta tiempo para enumerarlos. Todos eran jóvenes, como el hermoso muchacho, y, mientras vivieran, nada los separaría.

Sin embargo, un día, en medio de aquellas diversiones, el viajero perdió al muchacho del mismo modo que había perdido al niño y, después de llamarlo en vano, prosiguió su camino. Pasó algún tiempo sin ver a nadie, hasta que se encontró con un joven. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y el joven dijo:

—Yo siempre me enamoro. Ven y ama conmigo.

Así que acompañó a ese joven, y no tardó en aparecer una de las muchachas más hermosas del mundo —como Fanny en aquel recodo del camino—, y tenía los ojos como Fanny, y el pelo como Fanny, y unos hoyuelos como los de Fanny, y se reía y se ruborizaba igual que Fanny cuando

hablo de ella. Así que el joven se enamoró enseguida, del mismo modo que lo hizo Alguien cuyo nombre no diré la primera vez que llegó y vio a Fanny. Y bueno, lo cierto es que la muchacha se reía a veces de él, como lo hacía Fanny de Alguien; y que los dos discutían a veces, al igual que Fanny y Alguien; y luego hacían las paces, y se sentaban en la penumbra, y se escribían cartas a diario, y nunca se sentían felices separados, y siempre estaban pendientes el uno del otro, aunque fingieran lo contrario; y se comprometieron en Navidad, y se sentaban muy juntos al amor de la lumbre, y estaban a punto de casarse, ¡exactamente igual que Alguien cuyo nombre no diré y Fanny!

Pero un día el viajero los perdió, del mismo modo que había perdido a sus demás amigos, y, después de llamarlos para que volvieran, lo que nunca hicieron, prosiguió su viaje. Pasó algún tiempo sin ver a nadie hasta que encontró a un caballero de edad mediana. Y le preguntó:

—¿Qué hace aquí?

Y su respuesta fue:

—Yo siempre estoy ocupado. ¡Ven a estar ocupado conmigo!

Así que empezó a estar muy ocupado con ese caballero, y los dos siguieron por la espesura juntos. Estuvieron siempre atravesando un bosque; éste había sido verde y claro al principio, como un bosque en primavera, pero empezó a espesarse y volverse oscuro, como un bosque en estío; algún pequeño árbol que había salido antes de tiempo incluso se volvió pardo. El caballero no estaba solo, pues iba con una dama aproximadamente de su edad, que era su mujer; y tenían hijos que también los acompañaban. Así que todos continuaron juntos por el bosque, cortando árboles, abriendo un camino entre las ramas y las hojas caídas, llevando fardos y trabajando mucho.

A veces llegaban a una larga alameda verde que desembocaba en una parte más frondosa del bosque. Entonces se oía una voz débil y lejana que gritaba: «¡Padre, padre, soy otra criatura! ¡Espéreme!». Y veían enseguida una figura diminuta, que crecía a medida que se acercaba corriendo a ellos. Cuando les alcanzaba, todos se apiñaban a su alrededor para besarla y darle la bienvenida; y después seguían caminando juntos.

A veces llegaban a una encrucijada, y todos se detenían; y uno de los hijos decía: «Padre, me hago a la mar», y otro: «Padre, me voy a la India», y otro: «Padre, me voy en busca de fortuna», y otro: «Padre, ¡me voy al Cielo!». Y así, derramando muchas lágrimas de despedida, se marchaban solitarios por aquellos caminos, siguiendo cada uno su destino; y el hijo que se iba al Cielo ascendía por el aire dorado y desaparecía.

Cada vez que había una despedida, el viajero miraba al caballero, y le veía contemplar el cielo sobre los árboles, donde empezaba a declinar el día y

llegaba el ocaso. Veía también que su pelo encanecía. Pero nunca podían detenerse mucho tiempo, pues tenían que hacer su viaje, y siempre tenían que estar ocupados.

Al final hubo tantas despedidas que no quedaron más hijos; y solo el viajero, el caballero y la dama continuaron juntos su camino. Y el bosque se puso amarillo, y luego pardo; y las hojas, incluso las de los árboles del bosque, empezaron a caer.

Entonces llegaron a una alameda más oscura que las demás y, mientras proseguían su viaje sin bajar la vista, la dama se detuvo.

—Marido mío —dijo—. Me están llamando.

Aguzaron el oído, y oyeron una voz al fondo de la alameda que decía:

—¡Madre, madre!

Era la voz del primer hijo que había dicho: «¡Me voy al Cielo!», y el padre suplicó:

—Todavía no. Está a punto de anochecer. ¡Todavía no!

Pero la voz gritó: «¡Madre, madre!» sin apiadarse de él, aunque tuviera el pelo completamente blanco y el rostro bañado en lágrimas.

Entonces la madre, que ya era arrastrada a la sombra de la oscura alameda y se alejaba sin dejar de abrazarlo, le besó y dijo:

—¡Amor mío, me llaman y he de marcharme!

Y así lo hizo. Y el viajero y él se quedaron solos.

Y siguieron y siguieron juntos, hasta que llegaron muy cerca del final del bosque: tan cerca que pudieron ver cómo se ponía el sol entre los árboles, como una bola de fuego.

Pero una vez más, mientras se abría camino entre las ramas, el viajero perdió a su amigo. Lo llamó una y otra vez, pero no obtuvo respuesta y, cuando salió del bosque y contempló cómo un sol apacible descendía en la luz purpúrea del crepúsculo, encontró a un anciano sentado sobre un tronco caído. Y le preguntó:

—¿Qué hace aquí?

Y el anciano dijo, sonriendo plácidamente:

—Siempre estoy sumido en mis recuerdos. ¡Ven y recuerda conmigo!

Así que el viajero se sentó al lado del anciano, frente al sereno anochecer; y todos sus amigos regresaron en silencio y se acercaron a él. El hermoso niño, el hermoso muchacho, el joven enamorado, el padre, la madre y los hijos:

todos estaban allí, y él no había perdido nada. Y los quería a todos, y se mostró amable y paciente con ellos, y disfrutó contemplándolos; y todos le respetaron y amaron. Y pienso que el viajero debes ser tú, querido abuelo, porque eso es lo que haces con nosotros y lo que nosotros hacemos contigo.

EL CUENTO DEL COLEGIAL

Como soy bastante joven —aunque vaya cumpliendo años, sigo siendo bastante joven—, no tengo ninguna aventura a la que recurrir. No creo que a ninguno de los presentes les interese saber que el reverendo es un carcelero, y ella una auténtica arpía, o lo mucho que cobran a los padres, sobre todo por los cortes de pelo y la atención médica. A uno de nuestros compañeros le quitaron doce chelines y seis peniques de su cuenta como pago por dos pastillas —supongo que ganarían seis chelines y tres peniques con cada una de ellas—, y él ni siquiera se las tomó, se limitó a esconderlas en la manga de su chaqueta.

En cuanto a la carne de vacuno, es una vergüenza. No es carne. La carne no es un puñado de nervios. La carne se puede masticar. Además, la carne lleva salsa, y jamás ves una gota en la nuestra. Otro de nuestros compañeros se fue a casa enfermo, y oyó cómo el médico de la familia le decía a su padre que lo único que podía explicar esa dolencia era la cerveza. Por supuesto que era la cerveza, ¡cómo no iba a serlo!

Sin embargo, la carne de vacuno y el viejo Quesero son cosas diferentes. Y la cerveza también. Y es del viejo Quesero de quien yo quería hablar; no de cómo nuestros compañeros ven destruida su salud para que otros aumenten sus ganancias.

Y es que basta con mirar la masa. No tiene nada de crujiente. Es sólida, como plomo mojado. Luego nuestros compañeros tienen pesadillas, y los demás muchachos les arrojan almohadas por despertarlos con sus gritos. ¿A quién puede extrañarle eso?

El viejo Quesero se levantó una noche dormido, se puso el sombrero sobre el gorro de dormir, cogió una caña de pescar y un bate de cricket y bajó a la sala, donde, como es natural, todos creyeron que era un fantasma. Bueno, jamás habría hecho eso si sus comidas hubieran sido sanas. Cuando todos empecemos a caminar dormidos, supongo que lo lamentarán.

El viejo Quesero no era ayudante del profesor de latín en aquella época; era un alumno. Cuando era muy pequeño, lo llevó al internado en la silla de posta una mujer que estaba siempre tomando rapé y zarandeándolo; era lo único que recordaba. Nunca pasó las vacaciones en casa. Sus cuentas (jamás

tuvo un gasto extra) eran enviadas al banco, y el banco las pagaba; estrenaba un traje marrón dos veces al año y sus primeras botas a los doce años. Y siempre le quedaron demasiado grandes.

En las vacaciones de verano, algunos compañeros que vivían cerca trepaban a los árboles que están detrás del muro del patio para ver cómo el viejo Quesero leía solo. Siempre fue tan suave como el té —y eso es mucho decir, ¿no? —, así que, cuando le silbaban, levantaba la vista y saludaba; y, cuando le decían: «¡Hola, viejo Quesero! ¿Qué has comido?», él contestaba: «Cordero hervido»; y, cuando le preguntaban: «¿No te sientes solo, viejo Quesero?», él respondía: «A veces me aburro un poco», y entonces ellos le decían: «¡Adiós, viejo Quesero!» y se bajaban del árbol. Por supuesto, era un atropello que no le dieran más que cordero hervido en vacaciones, pero así funcionaban las cosas. Y, cuando no le daban cordero hervido, le daban arroz con leche, simulando que era un festín. Y se ahorraban el carnicero.

Y así siguió el viejo Quesero. Aparte de la soledad, las vacaciones le acarreaban otro contratiempo; pues, cuando los demás alumnos empezaban a volver, a regañadientes, él se ponía muy contento de verlos; lo que era muy enojoso cuando ellos no compartían el sentimiento y le golpeaban la cabeza contra la pared, haciendo que le sangrara la nariz. Pero casi todo el mundo lo quería. Una vez se hizo una suscripción a su nombre; y, para que estuviera contento, le regalaron antes de vacaciones dos ratones blancos, un conejo, una paloma y un cachorro precioso. El viejo Quesero se echó a llorar, sobre todo poco después cuando los animales se comieron unos a otros.

Por supuesto, al viejo Quesero le pusieron todos los nombres de queso posibles —Gloster, Cheshire, Bola, Wiltshire, etcétera—, pero a él le daba igual. Y no es que fuera viejo por su edad, porque no lo era, sino que desde el principio lo llamaron así: viejo Quesero.

Finalmente, le nombraron ayudante del profesor de latín. Aparecieron con él en clase una mañana a principios de trimestre, y lo presentaron a los alumnos como el «señor Quesero». Entonces nuestros compañeros decidieron que el viejo Quesero era un espía, y un desertor que se había pasado al enemigo, vendiéndose al mejor postor. No era ninguna excusa que se hubiera vendido por muy poco: dos libras y diez chelines, alojamiento y colada, según se comentó. Celebraron una reunión parlamentaria donde acordaron que solo podían tenerse en cuenta los motivos mercenarios del viejo Quesero, y que era necesario «acuñar nuestra sangre para sacar dracmas». El Parlamento tomó la expresión de la escena en que Casio discute con Bruto.

Cuando se decidió con semejante determinación que el viejo Quesero era un gran traidor que había accedido a los secretos de nuestros compañeros para sacar tajada, se invitó a los alumnos más valientes a dar un paso al frente y

enrolarse en una Sociedad que le hiciera la vida imposible. El presidente de la Sociedad fue el alumno más antiguo, un chico llamado Bob Tarter. Su padre estaba en las Antillas y, según él, nadaba en la abundancia. Tenía mucho ascendiente sobre nuestros compañeros, y escribió una parodia que comenzaba:

¿Quién por tan sumiso se hizo pasar que apenas le oíamos hablar, y resultó ser un soplón y delatar?

El viejo Quesero.

Y luego seguían más de doce versos que cantaba todas las mañanas junto a la mesa del nuevo maestro. Bob Tarter aleccionó también a uno de los más pequeños, un niño de mejillas sonrosadas que se llamaba Brass y era bastante alocado, para que una mañana se le acercara con su gramática latina y recitase: nominativus pronominum: viejo Quesero, raro exprimitur: nunca se sospechó, nisi distinctionis: que fuera un delator, aut emphasis gratia: hasta que demostró serlo, ut: por ejemplo, vos damnastis: cuando vendió a los alumnos. Quasi: como si, dicat: hubiera dicho, pretaerea nemo: ¡soy Judas! Todo aquello impresionó mucho al viejo Quesero. Nunca había tenido demasiado pelo; pero el poco que tenía empezó a clarear cada vez más. Se volvió más pálido y ojeroso; y a veces lo veían por las noches sentado ante su mesa con un largo pabilo en la vela y las manos en la cara, llorando. Pero ningún miembro de la Sociedad podía apiadarse de él, aunque tuviera ganas, porque el presidente decía que era la conciencia del viejo Quesero.

Y el viejo Quesero continuó así, ¡y qué vida tan triste llevaba! Por supuesto que el reverendo lo miraba por encima del hombro y ella, no digamos, porque era su forma de tratar a los profesores; pero él sufría sobre todo por nuestros compañeros, y a todas horas. Nunca se quejó de ello, que la Sociedad supiera; pero ese mérito no le fue reconocido porque el presidente dijo que era la cobardía del viejo Quesero.

No tenía más que una amiga en el mundo, que estaba casi tan desvalida como él, porque solo era Jane. Jane era una especie de guardarropa para los alumnos, y vigilaba las taquillas. Había llegado como aprendiza —según algunos compañeros, venía de una institución benéfica, pero no lo sé— y, cuando su formación terminó, se quedó cobrando tanto al año. O tan poco, debería decir quizá, ya que esto es mucho más probable. Sin embargo, tenía ahorrado algún dinero en el banco, y era una joven muy amable. No era exactamente guapa; pero tenía un rostro expresivo, sincero y sonriente, y los alumnos le tenían mucho cariño. Era increíblemente limpia y alegre, e increíblemente paciente y simpática. Siempre que ocurría algo con la madre de algún muchacho, éste iba a enseñarle la carta a Jane.

Jane era amiga del viejo Quesero. Cuanto más se metía con él la Sociedad,

más le consolaba ella. A veces le dirigía una mirada jovial desde su ventana que le infundía ánimos para toda la jornada. Salía del huerto (siempre cerrado con llave, ¡creedme!) por el campo de deportes, cuando podía hacerlo por el otro lado, solo para volver la cabeza, como si quisiera decirle al viejo Quesero: «¡Arriba esa moral!». El cuartucho de él estaba siempre tan limpio y ordenado que todos sabían quién lo dejaba así mientras el viejo Quesero trabajaba; y, cuando los alumnos veían una empanada humeante en su plato a la hora de comer, comprendían indignados quién se la había enviado.

Dadas las circunstancias, la Sociedad decidió, después de muchas reuniones y debates, que debía pedirse a Jane que le hiciera el vacío al viejo Quesero; y que, si se negaba, debían condenarla también al ostracismo. De modo que se eligió una delegación, encabezada por el presidente, para comunicar a Jane la votación que la Sociedad se había visto dolorosamente obligada a celebrar. La joven les inspiraba un gran respeto por todas sus virtudes y, según decían, en una ocasión había abordado al reverendo en su propio estudio y había conseguido librar a un alumno de un castigo muy severo gracias a su buen corazón. Así que a la delegación no le gustaba demasiado aquel cometido. Pero cumplieron con su deber, y el presidente informó a Jane de su decisión. Al oírla, Jane se puso roja como la grana, rompió a llorar y respondió al presidente y a la delegación, de un modo muy poco habitual en ella, que eran una panda de jóvenes salvajes y malvados; luego echó del cuarto a la respetable comisión. En consecuencia, se escribió en el libro de la Sociedad (con un código indescifrable ante el temor de que fuera descubierto) que toda comunicación con Jane quedaba prohibida; y el presidente señaló a los miembros lo mucho que ponía eso de manifiesto el debilitamiento del viejo Quesero.

Pero Jane era tan fiel al viejo Quesero como desleal éste a los muchachos —en opinión de ellos, en todo caso—, y continuó siendo su única amiga. Esto irritó sobremanera a la Sociedad, porque Jane era una pérdida tan grande para ellos como una ganancia para su amigo; así que, aún más airados con él, lo trataron peor que nunca. Finalmente, una mañana, el viejo Quesero no se sentó en su mesa de trabajo; y, cuando fueron a su cuarto y lo encontraron desierto, corrió el rumor entre los pálidos rostros de nuestros compañeros de que el viejo Quesero, no pudiendo más, se había levantado muy temprano y se había ahogado.

Las miradas misteriosas del profesorado después del desayuno, y la evidencia de que nadie esperaba al viejo Quesero confirmaron su teoría a la Sociedad. Algunos miembros empezaron a debatir si el presidente sería colgado o solo deportado de por vida, y la cara del presidente reflejó una gran inquietud por saber cuál sería la decisión. No obstante, dijo que un jurado de su país destacaría su valor; y que, cuando se dirigiera a éste, pediría a sus

integrantes que se llevaran la mano al corazón y dijeran, como británicos, si estaban conformes con los delatores, y hasta qué punto les gustaría ser su víctima. Algunos miembros de la Sociedad le aconsejaron huir hasta que encontrara un bosque donde pudiera cambiarse la ropa con un leñador, y embadurnarse el rostro con moras; pero la mayoría pensaba que, si no daba su brazo a torcer, el padre —al estar en las Antillas y nadar en la abundancia— sobornaría a quien fuera para que lo dejaran libre.

El corazón de nuestros compañeros latió a gran velocidad cuando el reverendo entró con aire de romano, o de capitán general, con la regla; como hacía siempre que iba a soltarles un discurso. Pero su temor fue mucho menor que su asombro cuando escucharon que el viejo Quesero, «durante tantos años nuestro querido y respetado amigo, amén de compañero de peregrinaje en las placenteras llanuras del conocimiento», dijo de él (¡Oh, sí! ¡Yo diría que todo eso!), era el huérfano de una joven a la que su padre había desheredado por contraer matrimonio sin su consentimiento, y cuyo marido había fallecido; como ella se había muerto de pena, su desdichado bebé (el viejo Quesero) se había criado a expensas de un abuelo que jamás había accedido a verlo, ni de bebé, ni de niño ni de hombre. Y ese abuelo acababa de morir, algo que le estaba bien empleado —este comentario es mío—, y, al no dejar testamento, toda su inmensa fortuna era de pronto y para siempre ¡del viejo Quesero! Nuestro querido y respetado amigo y compañero de peregrinaje en las placenteras llanuras del conocimiento… —el reverendo terminó una retahíla de fastidiosas citas diciendo—: Volverá a vernos dentro de quince días, fecha en que desea despedirse de nosotros de un modo más personal. Tras estas palabras, miró con severidad a nuestros compañeros, y se marchó solemnemente.

Hubo una gran consternación entre los miembros de la Sociedad. Muchos querían dimitir, y otros empezaron a decir que jamás habían pertenecido a ella. Sin embargo, el presidente se mantuvo firme, y declaró que todos debían resistir o caer juntos. Y que, para abandonar la nave, tendrían que pasar por encima de su cadáver; pretendía así animar a la Sociedad, pero no lo consiguió. El presidente prometió también meditar sobre la situación en que se encontraban y darles su opinión y consejo al cabo de unos días. Esto despertó una gran expectación, ya que sabía mucho del mundo por tener un padre en las Antillas.

Después de días y días de mucho pensar, y de llenar su pizarra de soldaditos, el presidente convocó a nuestros compañeros y dejó las cosas claras. Según él, era evidente que, cuando el viejo Quesero regresara, lo primero que haría para vengarse sería acusar a la Sociedad, y pedir que los azotaran a todos. Después de contemplar con alegría el tormento de sus enemigos, y de regodearse con sus gritos de dolor, es muy probable que

invitara al reverendo, con el pretexto de conversar, a una estancia privada —por ejemplo, la sala de los padres, donde estaban los dos grandes globos terráqueos que no se usaban nunca— y allí le reprochara los engaños y vejaciones que había sufrido en sus manos. Al final de sus observaciones haría señas a un boxeador profesional escondido en el pasillo, que se abalanzaría sobre el reverendo hasta dejarlo inconsciente. Después el viejo Quesero le regalaría algo a Jane de entre cinco y diez libras, y se marcharía de la institución diabólicamente victorioso.

El presidente explicó que no tenía nada que decir en lo tocante a la sala o a Jane; pero, en lo tocante a la Sociedad, su consejo era resistir hasta la muerte. Con semejante perspectiva, recomendó que llenaran de piedras todos los pupitres disponibles, y que la señal de ataque al viejo Quesero fueran sus primeras palabras de queja. El temerario consejo levantó el ánimo de la Sociedad, y fue seguido unánimemente. Clavaron un poste más o menos de la misma altura que el viejo Quesero en el campo de deportes, y todos nuestros muchachos practicaron con él hasta que estuvo lleno de abolladuras.

Cuando llegó el día de la visita, y cada uno ocupó su puesto, todos los muchachos se sentaron temblorosos.

Habían discutido y discrepado mucho sobre cómo aparecería el viejo Quesero; aunque la opinión general era que llegaría en una especie de carruaje triunfal tirado por cuatro caballos, con dos lacayos con librea sentados delante, y el boxeador profesional disfrazado sentado detrás. Así que nuestros compañeros esperaban oír unas ruedas. Cosa que nunca ocurrió, ya que el viejo Quesero se presentó andando, y entró en el colegio sin previo aviso. Más o menos como siempre, vestido únicamente de negro.

—Caballeros —dijo el reverendo, presentándolo—, nuestro durante tanto tiempo querido y respetado amigo y compañero de peregrinaje en las placenteras llanuras del conocimiento quiere dirigiros unas palabras. ¡Atención, caballeros, todos sin excepción!

Todo el mundo metió con disimulo la mano en el pupitre y miró al presidente. El presidente estaba preparado, y tenía al viejo Quesero en su punto de mira.

Pero el viejo Quesero lo único que hizo fue acercarse a su vieja mesa, mirarlos con una sonrisa extraña como si estuviera a punto de llorar, y empezar a decir con voz suave y temblorosa:

—¡Mis queridos compañeros y amigos!

Todos los alumnos sacaron la mano del pupitre, y el presidente de pronto se echó a llorar.

—Mis queridos compañeros y amigos —repitió el viejo Quesero—, ya sabéis la suerte que he tenido. He pasado tantos años bajo este techo —toda mi vida hasta el momento, podría decir— que espero que os hayáis alegrado por mí. Jamás podría disfrutar de mi fortuna sin felicitaros también a vosotros. Si alguna vez no nos hemos entendido, os ruego, queridos muchachos, que nos perdonemos y lo olvidemos. Siento un gran cariño por vosotros, y estoy seguro de que me correspondéis. Con el corazón repleto de gratitud, quisiera estrechar la mano de cada uno de vosotros. He vuelto para hacerlo, si os parece bien, mis queridos muchachos.

Como el presidente se había puesto a llorar, varios muchachos siguieron su ejemplo; pero cuando el viejo Quesero se dirigió a él por ser el alumno más antiguo, le puso la mano cariñosamente en el hombro y respetó su derecho, el presidente dijo:

—No lo merezco, señor; a decir verdad, no lo merezco.

No se oyeron más que sollozos y llantos en el colegio. Todos los muchachos exclamaron que no lo merecían de un modo muy similar; pero el viejo Quesero, haciendo caso omiso, se acercó alegremente a todos los alumnos, y después saludó a todos los profesores, dejando al reverendo para el final.

Entonces un chiquillo que gimoteaba en un rincón, y que estaba siempre castigado, gritó con voz aguda:

—¡Viva el viejo Quesero! ¡Hurra!

El reverendo lo miró encolerizado.

—El señor Quesero —le corrigió.

Pero el viejo Quesero declaró que le gustaba mucho más su antiguo nombre, y todos los muchachos se unieron a los vítores; y, durante no sé cuántos minutos, se oyó un gran estruendo de pies y manos y los mayores rugidos aclamando al viejo Quesero.

Después les esperaba un auténtico festín en el comedor. Aves de corral, lenguas, confituras, frutas, gelatinas, dulces, negus, templos de azúcar cande, chucherías, galletas… —comed lo que podáis y guardad en el bolsillo lo que os guste— y todo a expensas del viejo Quesero. Luego hubo discursos, un día entero de vacaciones, toda clase de juegos repetidos dos y tres veces, burros, pequeños carruajes tirados por ponis para conducir, cena para todos los profesores en Las Siete Campanas (veinte libras por cabeza, según calcularon los alumnos), una fiesta anual fijada para esa fecha, y otra el día del cumpleaños del viejo Quesero —el reverendo tuvo que acceder delante de todos para que nunca pudiera echarse atrás— y todo costeado por el viejo

Quesero.

Y los alumnos ¿no fueron en masa a vitorearlo en la puerta de Las Siete Campanas? ¡Oh, no!

Pero falta algo más. No miréis al siguiente narrador porque no he terminado. Al día siguiente, la Sociedad decidió hacer las paces con Jane y disolverse luego. Pero ¡Jane se había ido!

—¿Qué? ¿Que se ha ido para siempre? —preguntaron los alumnos con caras largas.

—Por supuesto —fue la única respuesta que obtuvieron.

Y nadie les dio más explicaciones. Finalmente, el alumno más antiguo se encargó de preguntar al reverendo si era cierto que nuestra vieja amiga Jane se había ido. El reverendo (que tiene una hija en casa, pelirroja y de nariz respingona) contestó gravemente:

—Sí, señor, la señorita Pitt se ha ido.

¡Mira que llamar a Jane señorita Pitt! Algunos dijeron que la habían despedido por quedarse con dinero del viejo Quesero; y otros que había entrado a servir en casa del viejo Quesero por diez libras al año. Lo único que nuestros compañeros sabían es que se había marchado.

Dos o tres meses después, una tarde, un carruaje descapotable se paró en el campo de cricket, justo detrás del muro, con una dama y un caballero en su interior, que pasaron mucho tiempo en pie viendo el partido. Nadie se fijó en ellos, hasta que el chiquillo que estaba siempre castigado abandonó, en contra del reglamento, su puesto de vigilancia y dijo:

—¡Es Jane!

Los once jugadores de cada equipo olvidaron inmediatamente el partido, y corrieron a aglomerarse alrededor del carruaje. ¡Era Jane! ¡Y menudo sombrero llevaba! Y ¿podéis creer que se había casado con el viejo Quesero?

No tardó en ser muy normal que, estando nuestros compañeros en mitad de un partido, vieran un carruaje detrás de la parte baja del muro, justo antes de la parte alta, con una dama y un caballero mirando por encima. El caballero era siempre el viejo Quesero, y la dama era siempre Jane.

La primera vez que los vi fue de ese modo. Había habido muchos cambios entre nuestros compañeros de aquella época, y ¡resultó que el padre de Bob Tarter no nadaba en la abundancia! No tenía nada. Bob se hizo soldado, y el viejo Quesero compró su licencia. Pero lo del carruaje seguía igual. El carruaje se paraba, y los muchachos dejaban de jugar nada más verlo.

—Así que, después de todo, nunca me condenasteis al ostracismo —dijo la

dama, riendo, cuando los niños se encaramaron al muro para estrecharle la mano—. ¿Seguro que no lo haréis nunca?

—¡Nunca, nunca! —gritaron por doquier.

En aquel momento yo no entendí sus palabras, aunque ahora por supuesto que sí. Pero me encantó su rostro, y lo amable que era, y no pude evitar mirarla —y al viejo Quesero también— cuando los muchachos nos apiñamos felices a su alrededor.

Enseguida se dieron cuenta de que yo era un alumno nuevo, así que también me encaramé al muro y les estreché la mano como los demás. Me alegré de verlos tanto como mis compañeros, y en un instante me pareció conocerlos de siempre.

—Solo faltan quince días para las vacaciones —dijo el viejo Quesero—. ¿Quién se queda? ¿Alguno de vosotros?

Muchos dedos me señalaron, y muchas voces gritaron:

—¡Él!

Pues era el año en que estabais fuera del país; y os aseguro que me sentía muy desgraciado.

—¡Oh! —dijo el viejo Quesero—. Pero este lugar es tan solitario en vacaciones… Será mejor que venga a casa.

Así que fui a su preciosa casa, y no pude ser más feliz. Los dos saben cómo tratar a los niños, ¡ya lo creo! Cuando te llevan al teatro, por ejemplo, te llevan de veras. No llegan cuando ya ha empezado, ni salen antes de que termine. Y también saben cómo educar a un niño. ¡Mirad al suyo! Aunque todavía sea muy pequeño, ¡qué maravilloso es! Bueno, después de la señora Quesero y del viejo Quesero mi preferido es su hijo.

Y ya os he contado lo que sé del viejo Quesero. Aunque no sea mucho, me temo, ¿verdad?

EL CUENTO DE NADIE

Vivía a orillas de un río caudaloso, ancho y profundo, que corría siempre silencioso e iba a parar a un océano inmenso e ignoto. Existía desde que empezó el mundo. Había cambiado a veces su curso, y abierto nuevos cauces, dejando los antiguos secos y baldíos; pero su fluir jamás se había detenido, ni lo haría hasta el final de los tiempos. Nada podía avanzar en contra de su caudal impetuoso e insondable. Ningún ser vivo, ninguna flor, ninguna hoja,

ninguna partícula animada o inanimada desviaba su rumbo jamás del océano ignoto. La corriente del río era implacable con ellos; y nunca se detenía, al igual que la tierra mientras gira alrededor del sol.

Vivía en un lugar muy concurrido, y trabajaba duramente para salir adelante. No tenía esperanzas de llegar a ser tan rico como para vivir un mes sin trabajar así, pero bien sabe Dios que se sentía muy satisfecho de trabajar con tan buen ánimo. Era miembro de una familia muy numerosa, en la que hijos e hijas se ganaban el pan trabajando todos los días, desde que se levantaban al alba hasta que se acostaban por la noche. Aquél era su destino, y no aspiraba a nada más.

Había demasiados tambores, trompetas y discursos en el lugar donde vivía; pero él no participaba en ellos. Todo aquel estruendo y alboroto lo organizaba la familia Peces Gordos, cuyo incomprensible proceder le llenaba de asombro. Sus miembros erigían las estatuas más extrañas, de hierro, mármol, bronce y latón, delante de su puerta; y ensombrecían su casa con las patas y las colas de unas toscas figuras de caballos. Él se preguntaba qué sentido tendrían, sonreía con su aire socarrón y seguía trabajando como una mula.

La familia Peces Gordos (a la que pertenecían los más distinguidos del lugar, y los más ruidosos) se encargaba de que no tuviera que molestarse en pensar por sí mismo, y dirigía su vida y sus asuntos.

—Bueno, la verdad es que tengo muy poco tiempo —les decía— y, si tienen la amabilidad de ocuparse de mí a cambio del dinero que pago (porque la familia Peces Gordos no menospreciaba su dinero), me quitarán un peso de encima y estaré muy agradecido, teniendo en cuenta que ustedes saben más.

De ahí el tamborileo, el trompeteo y los discursos, así como las feas estatuas de caballos ante las que, en teoría, debía arrodillarse.

—No entiendo qué significa esto —decía, frotándose las arrugas de la frente con aire confuso—. Pero quizá tenga un sentido que escapa a mi comprensión.

—Significa —contestaba la familia Peces Gordos, recelosa de sus palabras— la mayor honra y ensalzamiento de las personas de mérito.

—¡Ah! —exclamaba él. Y le alegraba saberlo.

Pero, cuando miraba entre las estatuas de hierro, mármol, bronce y latón, no podía encontrar a ningún paisano suyo meritorio, en otro tiempo hijo de un comerciante de lana de Warwickshire, o a un solo lugareño de esa clase. No podía encontrar a ninguno de los hombres cuyos conocimientos les hubieran salvado a él y a sus hijos de enfermedades terribles y que causaban deformidades, cuyo valor hubiera acabado con la condición de siervos de sus

antepasados, cuya imaginación sagaz hubiera cambiado y mejorado la existencia de los más humildes, cuyo talento hubiera enriquecido el mundo de los trabajadores con innúmeras maravillas. Por el contrario, encontraba otros de los que no sabía nada bueno, e incluso otros de los que sabía muchas cosas malas.

—¡Bah! —exclamaba—. No entiendo nada.

Así que volvía a casa, y se sentaba al amor de la lumbre para olvidarlo. Su hogar apenas tenía muebles, y estaba rodeado de calles ennegrecidas; pero era un lugar muy preciado para él. Las manos de su mujer estaban endurecidas por el trabajo, y había envejecido antes de tiempo; pero él la quería. En sus hijos, que no podían criarse bien, se veían las huellas de la mala alimentación; pero a él le parecían hermosos. Por encima de todo, el alma de este hombre deseaba que sus hijos tuvieran una educación.

—Si algunas veces me equivoco —decía él— por ignorancia, que al menos tengan más criterio que yo y no cometan los mismos errores. Es muy duro para mí recoger la cosecha del placer y la instrucción que almacenan los libros. ¡Que sea más fácil para ellos!

Pero los Peces Gordos se enzarzaron en violentas discusiones familiares sobre lo que era lícito enseñar a los hijos de este hombre. Algunos de sus miembros insistieron en que lo más importante y necesario era tal cosa; y los demás insistieron en que lo era tal otra; y los Peces Gordos, divididos en facciones, escribieron panfletos, celebraron asambleas, formularon acusaciones, pronunciaron solemnes discursos y peroratas de todo género; se llevaron unos a otros a los tribunales de justicia y a los tribunales eclesiásticos; se cubrieron de insultos, se dieron palizas, y se cogieron una inquina tremenda e incomprensible. Entretanto, ese hombre, en el breve tiempo que pasaba por las noches al amor de la lumbre, veía cómo el demonio de la Ignorancia se adueñaba de sus hijos. Vio a su hija convertida en una sucia bestia de carga; vio cómo su hijo restregaba el camino de la mezquina sensualidad, hasta caer en la brutalidad y el crimen; vio cómo la luz de inteligencia que empezaba a brillar en los ojos de sus pequeños se trasformaba en tanta desconfianza y mala fe que casi habría preferido que fueran idiotas.

—Tampoco lo entiendo —decía—; pero no creo que esté bien. ¡No! ¡Clama al cielo semejante injusticia!

Recobrando la calma de nuevo (pues su vehemencia no solía durar mucho, y era apacible por naturaleza), echaba un vistazo a su alrededor domingos y festivos, y veía que tanto tedio y desidia empujaban a la gente a emborracharse, con todos los males que esto conlleva. Entonces apeló a los Peces Gordos:

—Somos trabajadores, y empiezo a sospechar que los trabajadores, sea cual sea su condición, fueron creados —por un intelecto mayor que el vuestro, a mi humilde entender— con la necesidad de alimentar su espíritu y tener alguna distracción. Mirad en lo que caemos cuando esto nos falta. ¡Vamos! ¡Entretenedme de un modo inofensivo, enseñadme algo, dadme alguna salida!

Pero entonces se produjo entre los Peces Gordos un revuelo completamente ensordecedor. Cuando se oyeron unas pocas voces que proponían mostrarle las maravillas del mundo, la grandeza de la creación, los poderosos cambios del tiempo, el funcionamiento de la naturaleza y la belleza del arte —mostrarle esas cosas, es decir, en cualquier momento de su vida en que tuviera ocasión de verlas—, los Peces Gordos gritaron de tal modo e hicieron tantas declaraciones, tantos sermones y tantas demandas, fueron tan incoherentes y conmemorativos, tan insultantes y ofensivos, desencadenaron tal cascada de preguntas parlamentarias y débiles repuestas —en las que el «no me atrevo» secundaba al «lo haría»— que el pobre hombre se quedó horrorizado, con ojos y cara de espanto.

—¿He ocasionado todo esto —decía— con lo que no era más que una pregunta inocente, que surgía tan solo de mi experiencia familiar, y del sentido común de cualquier hombre que decide abrir los ojos? Ni lo entiendo, ni los demás me entienden a mí. ¿Qué ocurrirá si las cosas siguen así?

Estaba inclinado, trabajando y repitiéndose esa pregunta, cuando empezó a divulgarse la noticia de que se había extendido una epidemia de peste entre los trabajadores, que estaban muriendo como chinches. Cuando fue a comprobarlo, vio que era cierto. Los moribundos y los muertos se hacinaban en las casas sucias y sin ventilar donde transcurría su vida. El aire siempre contaminado y nauseabundo destilaba un nuevo veneno. El fuerte y el débil, el anciano y el niño, el padre y la madre: todos caían fulminados.

¿Qué posibilidades tenía de huir? Se quedó donde estaba, y vio morir a sus familiares y amigos. Un bondadoso predicador se le acercó, y habría rezado algunas plegarias para mitigar la desesperanza de su corazón, pero él le dijo:

—¿De qué sirve, padre, que se acerque a mí, un hombre condenado a vivir en este lugar hediondo, donde cada uno de los sentidos que se me han otorgado para deleitarme se convierte en un suplicio, y donde cada minuto de mis contados días añade más fango al cenagal bajo el que me ahogo? Pero déjeme vislumbrar por primera vez el Cielo con un poco de su aire y de su luz; deme agua pura; ayúdeme a estar limpio; aligere esta atmósfera tan cargada y esta vida tan opresiva, en la que nuestros espíritus se hunden y nosotros nos convertimos en las criaturas indiferentes y encallecidas que usted encuentra tan a menudo; saque con delicadeza y cariño los cuerpos de nuestros muertos de los cuchitriles donde nos criamos hasta familiarizarnos tanto con el terrible

tránsito que incluso Su santidad se desvanece; y, Maestro, ¡entonces le escucharé hablar —nadie sabe mejor que usted con cuántas ganas— de Aquél que tanto pensó en los pobres y tanto se compadeció del sufrimiento humano!

Había vuelto al trabajo, triste y solitario, cuando llegó el patrón vestido de negro. También él había sufrido mucho. Su joven mujer, su bella y bondadosa mujer, había muerto; y también su único hijo.

—Sé que es difícil de sobrellevar, patrón, pero tiene que animarse. ¡Ojalá pudiera consolarlo!

El patrón le dio las gracias con el corazón, pero dijo:

—¡Ay de vosotros, los trabajadores! Esta epidemia empezó entre vosotros. Si hubierais vivido de una forma más decente y saludable, hoy no sería un hombre viudo y desolado.

—Patrón —respondió su interlocutor, moviendo la cabeza—, he empezado a entender que la mayor parte de las calamidades son culpa nuestra, como la peste, y que ninguna se detendrá en nuestra humilde puerta hasta que no nos unamos con esa importante familia que anda siempre a la greña, a fin de hacer las cosas que son justas. No podemos vivir de una forma más decente y saludable si nuestros dirigentes no nos proporcionan los medios. No podemos aprender si no nos enseñan; no podemos divertimos racionalmente si no nos entretienen; no podemos tener más que nuestros propios dioses falsos mientras ellos llenen con los suyos todos los lugares públicos. Las consecuencias funestas de una enseñanza deficiente, las consecuencias funestas de un abandono pernicioso, las consecuencias funestas de una restricción contra natura y de una negación de los placeres que humanizan a la gente serán culpa nuestra, y ninguna de ellas se contentará con nosotros. Se extenderán por todas partes. Siempre lo hacen; siempre lo han hecho, como la peste. Al fin creo entender tantas cosas…

Pero su patrón volvió a exclamar:

—¡Ay de vosotros, los trabajadores! ¡Rara vez tenemos noticias vuestras que sean buenas!

—Patrón —respondió él—, me llamo Nadie, y no es probable que tenga noticias mías (ni interés en tenerlas, tal vez) que sean buenas. Pero éstas ni empiezan ni terminan nunca conmigo. Tan infalibles como la muerte, caen sobre mí y luego vuelven a elevarse.

Había tanta verdad en sus palabras que la familia Peces Gordos, al enterarse de ellas, y terriblemente asustada por la reciente epidemia, decidió unirse con él para hacer las cosas que eran justas; en todo caso, las directamente relacionadas —lo que es humano— con la prevención de otra

epidemia de peste. Pero, en cuanto se les pasó el miedo, algo que empezó a ocurrir enseguida, volvieron a enemistarse unos con otros, y no hicieron nada. Y así la maldición apareció de nuevo —entre los más humildes, como antaño — y se extendió vengativamente hacia arriba, como antaño, causando la muerte de gran número de alborotadores. Pero ningún hombre admitió jamás, si es que llegó a percibirlo, haber tenido algo que ver.

Así que Nadie vivió y murió como se había hecho desde los viejos, viejísimos tiempos; y éste es, en líneas generales, el cuento de Nadie.

¿Acaso no tenía nombre, me preguntaréis? Es posible que fuera Legión. ¿Qué más da cómo se llamara? Para nosotros será Legión.

Si habéis visitado alguna vez los pueblos belgas más cercanos al campo de batalla de Waterloo, habréis visto en alguna iglesia pequeña y silenciosa un monumento erigido por sus leales compañeros de armas a la memoria del coronel A., del comandante B., de los capitanes C., D. y E., de los tenientes F. y G., de los alféreces H., I. y J., de siete suboficiales y de ciento treinta soldados rasos, que cayeron cumpliendo con su deber aquel día memorable. El cuento de Nadie es el cuento de los soldados rasos de la tierra. Participan en la batalla; una parte de la victoria es suya; caen; y solo dejan su nombre entre la multitud. Nuestra marcha, la de los más orgullosos lleva al camino polvoriento por el que ellos avanzan. ¡Ay! Acordémonos de ellos este año al calor del fuego navideño, y no los olvidemos cuando éste se extinga.

